

DOMINGO DE ADVIENTO

SERMON PRIMERO
PARA EL TERCER DOMINGO
DE ADVIENTO,
ACERCA DEL RESPETO
 humano.

Miserunt Judæis ab Jerosolimis Sacerdotes ad Joannem ut interrogarent eum: ¿tu quis es? Et confessus est, & non negavit; & confessus est quia non sum ego Christus.

Los Judios enviaron desde Jerusalem algunos Sacerdotes al Bautista para que le preguntasen: ¿quién sois? Y él confesó, y no negó; confesó que no era Christo. *Joan. c. i.*

SEÑOR:



Ocas pruebas hay tan delicadas como aquellas à que hoy se vé expuesta la virtud del Bautista: Este era un hombre famoso por la autoridad de sus costumbres, por la pureza de su doctrina, y por la novedad de su mision; los Ministros mas hábiles, y zelosos de la Synagoga son enviados

dos para que le pregunten ¿quién es? Si Elías, Moyses, ò algun nuevo Profeta: Es difícil averiguar si el designio de estos Ministros fue armarle algun lazo, como le parece à San Juan Chrysostomo, ò el creerle sobre su palabra, y tributarle los honores correspondientes à su estado, como lo afirma San Agustin.

En este estado tan propio para suspender à un hombre entre el deseo de la estimacion, y el temor del desprecio del Mundo, no se detuvo el Santo Precursor en dar un pronto testimonio à la verdad: *Et confessus est, & non negavit*: No negó, dice el Evangelio, antes por el contrario, confesó: ¿Y qué fue lo que confesó? Lo que podia hacerle perder su propia estimacion: ¿Sois el Mesías? Le preguntan: No. ¿Sois Elías? No. ¿Sois Profeta? Tampoco: ¿Qué fue lo que negó? Todo lo que podia atraer sobre sí sus desprecios: Yo no soy mas, dice, que una simple voz que anuncia la venida del Mesías al Mundo: *Ego vox clamantis*. Yo no soy digno de desatar la correa de su zapato: *Non sum dignus ut solvam corrigiam*. Ved aqui, Señores, bien aniquilado el respeto humano en el corazon de este grande hombre.

No sucede asi en los nuestros, Catholicos: el respeto humano nos domina absolutamente: Este es el Idolo, ò por mejor decir, el tyrano del presente siglo. Esta funesta inclinacion à huir de quanto puede desagradar al Mundo, y practicar todo quanto le agrada; este temor de ofenderle obrando bien, y este deseo de agradarle obrando mal; este cobarde, è indigno respeto humano, de que somos esclavos, pretendo impugnar hoy, manifestandoos su ilusion: estadme atentos.

Vosotros, Catholicos, no quereis declararos à favor de la virtud, porque temeis desagradar al Mundo, y juzgais que podreis agradarle declarandoos à favor de sus locuras, de sus desordenes, y de sus pasiones: Este es vuestro modo de pensar; pues yo he de establecer hoy dos principios de prudencia sobrenatural, opuestos

à estas dos ilusiones. Quanto mas obedientes seais al Mundo, mas despreciables os haceis de él. Este será el primer punto: Quanto mas resistais al Mundo, mas os grangearéis su estimacion. Este será el segundo: Solamente podrán tener por paradoxa esta doctrina aquellos que no quieran dar oídos à la razon, à la religion, ni à su propia experiencia: escuchad sus voces, y espero que quedareis convencidos mediante la Divina gracia. Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

HE dicho, Señores, que quantos mas respetos guardemos con el Mundo corrompido, para grangearnos su estimacion, seremos mas despreciados de él, y confirmo esta verdad con dos diversas disposiciones que se hallan en el Mundo; la una es un principio de equidad natural, y la otra un gran caudal de malicia habitual; la equidad le hace condenar el mal en todas aquellas personas que le son indiferentes; y la malicia le hace condenar el mal, aun en sus mas fieles amigos: examinemos estas dos reflexiones.

I. No podemos menos de conocer, Catholicos, que en nuestros corazones hay naturalmente cierto horror al mal, que nos le hace aborrecer en todos, menos en nosotros mismos: à nosotros nos le oculta nuestro amor propio, pero fuera de nosotros le vemos con sus verdaderos colores: *In alieno exemplo se ipsa damnant vitia*, decia San Geronyno: Hay muy pocas madres, de las que viven desarregladamente, que permitan à sus hijas lo que ellas no se averguenzan de permitirse à sí mismas, y muy pocos padres que sufran ver su propia imagen retratada en las malas costumbres de sus hijos: Nuestras propias pasiones, las que en nosotros nos parecen dignas de piedad, y de perdon, nos parecen en otros merecedoras de indignacion, y castigo: para con

no-

nosotros mismos somos libertinos, y francos, y para con los demás escrupulosos, y severos; y viendonos obligados, aunque contra nuestra voluntad, à hacer justicia à la virtud, la recompensamos voluntariamente à costa agena de la injuria que nosotros mismos la hacemos. Este principio de equidad natural, que hay en nosotros, Catholicos, es una reliquia inmortal de la justicia original, una centellita de aquella pura luz que Dios derramó sobre nuestras almas, y que no puede apagarse del todo entre las tinieblas del Mundo: y no me digais, Señores, que esta luz es tan débil, que no puede producir grande efecto, porque estiende su resplandor aun mas lexos de lo que pensais: Este principio de luz natural es la regla del juicio público, del juicio de la posteridad, del juicio político, y civil; y consiguientemente la regla de vuestra reputacion presente, y futura: ¿Os parece que es cosa facil resistir à todos estos diversos juicios?

No puedo menos de llorar la ceguedad de la soberbia humana, de aquella necia idea que nos formamos, de que el fausto, los cargos, los empleos, los gastos, el tren, y la magnificencia nos dan honor, y nos grangean la estimacion, y admiracion pública: Todo esto, Señores, lo mira el público con indiferencia. Como el amor propio, y el interés personal nos ocultan la vanidad, la indecencia, y lo pecaminoso de nuestras costumbres, y por otra parte el público no tiene interés alguno en vuestros placeres, no participa de vuestras riquezas, no gusta el fruto de vuestras pasiones, ni de vuestros delitos, se dexa gobernar en lo que toca à vosotros por la rectitud de su juicio natural: sus ojos os miran con equidad, porque os miran con indiferencia, y de este modo le desagradais verdaderamente, quando para agradarle os valeis de medios contrarios al honor, à la prudencia, y à la rectitud.

Tom. I.

Cc

Es-

Este mismo Mundo, este público, que juzga de vosotros bajo este pie de probidad natural, es el que distribuye la gloria, y dá la inmortalidad: aquellos mismos de entre vosotros, Señores, cuya memoria conservará la posteridad, serán despues de su muerte lo mismo que hayan sido durante su vida en la opinion del público: Entonces, para distinguir la verdad de la mentira, y formar una justa idea de vosotros, no se consultará, ni à los elogios, ni à las satiras, ni à vuestros confidentes, ni à vuestros enemigos, ni à los Ministros de vuestras pasiones, ni à los envidiosos de vuestros empleos, ni à los lisonjeros, ni à los criticos: Todos buscarán la verdad en el testimonio uniforme del público, y en el comun voto de los Pueblos: se proferirá la sentencia, ò contra vosotros, ò à favor vuestro, sin atender à vuestra clase, ni à los respetos que os tributaba el público, sin tener que temer, ni esperar nada de vosotros, porque entonces no sereis más que polvo; entonces os harán justicia como vosotros la haceis ahora à los que os han precedido, examinando vuestros vicios, y virtudes, con todo el rigor de la equidad natural.

Y aun quando no querais hacer caso del juicio que la posteridad reserva à vuestra memoria, sabed, que desde ahora este mismo espíritu de equidad es la regla de los juicios politicos, y civiles, que es el fundamento de las leyes, que por él se gobiernan los estados, y se distribuyen los empleos, y las dignidades, esto es, atendiendo à la opinion del merito verdadero, ò aparente, à los talentos que teneis, ò que se juzga teneis para el desempeño de las funciones utiles, y necesarias; porque à excepcion de algunas pocas personas, que todo lo deben à la fortuna, nadie se atreve à las recompensas, sino por medio de los grados del merito, y de la virtud: y si no, decidme, ¿quién se atreve à pretender los empleos distinguidos, haciendo en público alarde del

mismo libertinage, de que se gloria en su interior? ¿No procuran todos ocultar este carácter, disimularle, y dar muestras de ser hombres rectos, y ajustados? ¿No suelen disfrazarse con la mascara de la hipocresía, para mejor conseguir sus intentos? ¿No es esto prueba de que todos viven persuadidos, à que la fortuna necesita el auxilio de la rectitud? No digo esto, Señores, con el fin de autorizar la hipocresía, ni incitaros à un mal, que por nuestra desgracia se ha hecho demasiado comun, sino para manifestar las utilidades de la virtud, cuya figura toma la hipocresía; y para probar la infamia del vicio, à vista del cuidado que todos tienen de ocultarle: No digo esto, Señores, con el fin de animaros à practicar la virtud por puro interés, sino para manifestar la ceguedad de aquellos que obran mal con intento de agradar al Mundo.

Esta ceguedad la conocen muy bien aquellos que ven à algunas personas, que por medio de un verdadero merito se han elevado sobre su nacimiento, quando al mismo tiempo ellos, no obstante la nobleza de su cuna, se han quedado en el desprecio, y el olvido, sin merecer siquiera aquellas graciosas miradas de los Soberanos, que à casi nadie suelen negar, y que sirven como de recompensa à los Cortesanos: Al contemplar esto, lloran, conociendo que ellos mismos han sido los autores de su desgracia, por haverse avergonzado de sus obligaciones, quando debieran haverse avergonzado de sus pasiones, y que se engañaron en el medio que eligieron para agradar al Mundo.

¿Qué especie de Mundo es este, à quien intentamos agradar, supuesto que este principio natural de equidad, y rectitud se halla igualmente en el Pueblo, y en los Grandes, en las Ciudades, y en las Cortes, entre nosotros, y entre los que nos han de suceder? Esto es, se halla, no solamente en las personas arregladas, y virtuosas, sino tambien en las mas desarregladas, y generalmente en todo lo que llamamos Mundo: Comparad,

pues, pecadores, comparad esta multitud de censores desinteresados, que condenan vuestros excesos, con los pocos lisonjeros que aplauden vuestros desordenes, y hallareis, que à excepcion de aquellos que os acompañan en los deleytes, puede ser que todos los demás estén escandalizados de vuestra conducta. ¿Os podrán servir de consuelo en este general desprecio los vanos aplausos de unas personas que siguen vuestras mismas ideas? ¿Quedareis vengados del desprecio de todo el Mundo con la estimacion que de vosotros hacen cinco, ó seis libertinos?

¿Pero os parece que podeis verdaderamente lisonjearos con la estimacion de estos libertinos? ¿Cómo es posible? Esos mismos libertinos tienen un gran caudal de malicia habitual, que les impide el aprobar accion alguna, aun en sus mas intimos amigos: Segunda reflexion, que aumenta el peso à la primera.

II. ¿Quién vive tan contento con este Mundo, que no se esté quexando de él todos los dias? Vosotros mismos, Señores, aunque afirmais que es agradable, no podeis menos de confesar muchas veces, que es malicioso, murmurador, injusto, caprichudo, è ingrato; que siempre está dispuesto à interpretar siniestramente todo quanto haceis, à burlarse de vosotros; à servirse contra vosotros de vuestras propias confianzas; à sacrificaros à sus antojos, à su interés, y à sus deleytes: ¿Qué motivo, pues, podeis tener para desear su estimacion, ni para poder conseguirla?

El necio, dice Salomon, (a) juzga que todos quantos encuentra son necios como él: *In via stultus ambulans omnes stultos æstimat.* Pues este mismo es el dictamen del Mundo acerca de los que se entregan à él absolutamente; como él se conoce culpado, no puede creer que haya inocentes; como él no guarda medida en sus pasiones, juzga que todos son igualmente desar-

(a) *Eccli. 10. 3.*

reglados: siempre dá en los extremos: lo que es pura diversion le parece un exceso de libertad: lo que no es mas que casualidad le parece intento premeditado; y un acto de mera indiscrecion, le parece una inveterada costumbre: finalmente, quando advierte en un hombre alguna flaqueza, yá le juzga capaz de todas: ¿Quántos han perdido en el Mundo la gloria de sus virtudes, sin haverlas jamás desmentido? Su unica culpa ha consistido en sus pasos, en su modo de vestir, en su explicacion, &c. Todo esto dá materia à los libertinos para sentenciar contra ellos. El poder obrar mal, es yá una prueba evidente de sus delitos; y por haver recibido de la naturaleza, ó de la fortuna un conjunto de qualidades peligrosas para la virtud, yá los juzga el Mundo encenagados en los vicios: finalmente, no hay cosa inocente debajo del Cielo para los que han perdido la inocencia, y abandonado el honor.

Pero acaso, me direis, que solamente temeis las censuras de las personas devotas: os engañais; temed las de los mundanos, las de esa sociedad de amigos infieles, à quienes confiais todas vuestras flaquezas: para algun ardid que se haya descubierto alguna vez por el zelo de personas timoratas, ¿quántos desordenes se han hecho públicos, por la traycion de los falsos amigos, por un disgusto, por un enfado, por un miserable interés, por zelos mal fundados, por confianzas precipitadas, por odios, por antipatías, y por venganzas? ¿Qué seguridad podreis tener contra las infidelidades de un Mundo, que no tiene mas regla, ni mas ley que la passion? Viviendo vosotros dominados de la passion, teneis por confidentes, por cómplices, y por amigos à los que viven entregados à las pasiones; estad, pues, dispuestos à veros pisados, luego que vuestras pasiones, y las suyas no sean compatibles, y quando no estéis unidos por un mismo, y unico interés.

¿Cómo sabe Dios vengarse de sus enemigos, Catho-

li-

licos, por medio de sus mismos enemigos! Examinad atentamente lo que está pasando à vuestra vista: ¿A qué gastos, à qué cuidados no se entregan algunas personas para darse à conocer? Mirad ese extraordinario aparato de luxo, y vanidad, que las mugeres amantes del Mundo miran como apoyo necesario de su falsa reputacion: En medio de esos adornos, de esos equipages, y de ese tren, ¿qué idea se forma de su merito? Pien-san que de este modo excitan la admiracion, y el asom-bro en todos los corazones, y que todos las miran como à divinidades del siglo; pero, oh, ilusion digna de las-tima! Quanto mas procuran lucir con esa pompa, nada conveniente à una fortuna particular, mas la desacredita el Mundo envidioso, y maligno: unos examinan las causas de vuestra opulencia, y los motivos que teneis para adornaros: otros cotejan vuestros gastos con vuestro estado, y con vuestras rentas: otros averiguan el principio de vuestra fortuna, y el origen de vuestro nacimiento: quanto haceis para lucir, solo sirve de des-figuraros, y traer à la memoria de todos la injusticia de vuestros parientes, los borrones de vuestra familia, y vuestros desordenes personales. Todo vuestro esplendor se mira como fruto de la avaricia, de la violencia, y aun acaso de la impureza, y como señal evidente de vuestro desorden, y presagio cierto de vuestra proxima ruina; puede ser que de nada de esto se acordase el Mundo, sino pusierais tanto cuidado en llamar su aten-cion: Presentaros en una concurrencia con todos los adornos que os inspira la vanidad; procurad agradar por todos los medios imaginables, ¿cómo os parece que os mirarán los concurrentes? Para uno que haya que os alabe, todos los demás os vituperarán: ¿Qué confusion sería la vuestra, si pudierais penetrar lo que están pen-sando de vosotras, lo que dicen en secreto, y la ma-teria que dais à las burlas, y satiras? Ni la dignidad, ni la clase puede defenderos de este genero de tray-ciones. Fi-

Finalmente, para que mejor conozcais hasta dónde llega la ingratitud, y malicia del Mundo, atended à lo que se sigue: Quanto mas constantes, y fieles per-manezcais en su servicio, mas seguros teneis sus des-precios: el haver encanecido en los placeres, el haver frequentado mucho tiempo la diversion de sus compa-ñias, es suficiente merito para que experimenteis sus desayres: llegará tiempo en que el Mundo os aborrece-rá, si antes no dexais de amarle; en que se disgustará, y enfadará de vosotros, sino os precaveis en tiempo con-tra sus disgustos, y enfados; en que se burlará de vo-sotros, si antes no conoceis su vanidad, y su locura; y en que os arrojará de sí, si antes no procurais aban-donarle: Aunque vivais prendados de sus engaños, aun-que le tengais la misma aficion, y el mismo amor que en vuestra juventud, aunque idolatreis en él como en los verdores de vuestra edad, él será para vosotros co-mo los Idolos, que: *Os habent, & non loquentur, ocu-los habent, & non videbunt, aures habent, & non au-dient.* (a) Tendrá ojos, pero no os mirará; oidos, pero no os oirá; boca; y no os hablará. Si alguna vez habla, será para burlarse de vosotros, para daros en cara con vuestras flaquezas, y para hacerós envidiar las locas alegrías de los juvenes. ¿Os parece que se manifestará agradecido à vuestras pasadas condescendencias, à los pecados que haveis cometido por agradarle, à los re-mordimientos que despreciasteis, à las murmuraciones à que os expusisteis, à los gastos en que os empeñasteis, à tantas violencias como os hicisteis por servirle, y à las muchas veces que le antepusisteis à vuestro Dios? Ningun caso hará de todas estas cosas; no espereis que os las agradezca, ni aun que se acuerde de ellas. Yá no os estima, y nunca os estimó: Respeto humano, vano idolo, à quien el hombre adora; Mundo ingrato, y cruel,

(a) Psalm. 113. v. 13.

à quien hacemos tantos, y tan crueles sacrificios; ah, si yo hubiera padecido siquiera la sombra de tantos trabajos por agradar à mi Dios, todo estaria presente! Vos, ò Dios mio, teneis ojos para ver todo quanto se hace por vos; oidos para oir los ruegos que os dirigimos; y manos para sostener à los que se entregan à vos: vos llevais una exactissima cuenta hasta de las mas minimas violencias que me hago por agradaros. En qualquiera edad, y en qualquier estado que me buelva à vos, salis à recibirme: vos me juzgais segun mi razon, y no segun las apariencias: finalmente, vos sois mio desde el instante en que yo quiero ser vuestro; à tanto llega vuestra bondad; pero quanto mas intento agradar al Mundo, mas desprecios sufro de él; à tanto llega su malicia.

Este es el modo con que trata el Mundo à sus mas zelosos partidarios: Abrid los ojos, dice el Sabio, abrid los oidos de vuestra razon, los que teneis por un singular deleyte los aplausos de los hombres: *Præbete aures vos qui placetis vobis in turbis nationum*; (a) ved qual es vuestra ceguedad: Quando se os convida à que abraçais el partido de la virtud, os deteneis con estas ridiculas reflexiones: ¿Qué se dirá, y qué se pensará de mí? ¿Qué juicio hará de mí el Mundo? ¿Cuál es en este caso el objeto de vuestros temores? ¿A qué personas temeis? A unos necios, que tienen por guia su pasion, y sus antojos, y que no saben qué cosa sea religion, ni rectitud: à unos hombres, que à fuerza de mentir, han conseguido, que aun las mismas verdades que pronuncian sean tenidas por mentiras: à unos hombres, que no obstante su distinguido nacimiento, y el alto puesto que ocupan en el Mundo, no merecen que se les tenga en él por hombres de honor: à unos hombres, que por mas que hagais, siempre están dispuestos à divertirse à

(a) Sap. 6. 4.

costa vuestra, yá os vean entregados à los desordenes, y vicios, yá à la virtud, y à la devocion: Con unas personas de esta clase os manifestais timidos, y cobardes, y sus censuras os hacen temblar; quando por otra parte teneis para consolaros, y defenderos contra sus censuras la conciencia, la razon, la religion, vuestro Dios, y el juicio de las personas prudentes, y timoratas, el que es conforme al juicio de Dios: ¿No os parece todo esto suficiente para recompensaros de las murmuraciones de los necios, y libertinos del Mundo?

Por el contrario, quando vuestras locuras empiezan à ser públicas, y murmura de ellas el Mundo, ¿no clama inmediatamente? No decis: ¿qué le importa al Mundo lo que yo hago? ¿Por qué ha de examinar mis acciones? ¿Qué derecho tiene para criticar mi conducta? ¿Le soy yo por ventura responsable de mis acciones? ¿Mi fama, depende acaso de sus ideas? ¿No estoy yá en edad para saber gobernarme? ¿De quién os queixais en este caso? ¿Qué personas son esas que os enfadan? ¿Son acaso solamente aquellas, cuya virtud, cuya reputacion, y cuya prudencia os debieran infundir veneracion, y respeto? ¿No son tambien aquellas, cuyos desordenes, y cuya malicia conoceis vosotros mismos? Es, pues, indubitable, que se declaran contra vosotros los necios, y los sabios, los virtuosos, y los mundanos, los malos, y los buenos, y sobre todo, el mismo Dios: Con todo eso, os manifestais firmes contra la borrasca de esta universal censura: *Usque aded in vitio magnanimi sumus*, (a) dice San Gregorio Nacianceno. En el mal todo lo sufrimos, à todo nos atrevemos; por amor al mal fingimos, y aparentamos un libertinage, que muchas veces no suele haver en nuestros corazones, y nos hacemos para con los hombres sospechosos de mas deli-

(a) Apoc. 137.
Tom. I.